

## **“HISTORIA Y ‘RESTAURACIÓN POLÍTICA’ EN LA PUBLICÍSTICA DE CARLOS IV”**

ANTONIO CALVO MATURANA

Universidad Complutense

El ascenso al trono de Carlos IV en 1789 fue interpretado oficialmente en clave de regeneración política protagonizada por la dinastía reinante; como la culminación de un proceso político inconcluso. Es cierto que el optimismo y la esperanza continuista con la obra del antecesor pueden ser lugares comunes en todas las proclamaciones regias, pero encontramos en la llegada al trono del sucesor de Carlos III la madurez de los mensajes fundamentales de la propaganda borbónica. La creciente capacidad gubernamental para transmitir su ideología al margen de la Iglesia (a través del arte, el teatro, las sociedades y academias, la Imprenta Real, etc.), aporta numerosas fuentes de estudio. Para ceñirnos a la extensión requerida, haremos aquí una pequeña sistematización de la autopercepción histórica de la dinastía borbónica a través de textos mayoritariamente oficiales.

### **Los Habsburgo en el recuerdo**

Los historiadores del Arte (CHECA, 1992) han explicado solventemente la progresiva sustitución de la alegoría mitológica por la histórica en el arte regio; el mismo peso tendrá la Historia a lo largo del siglo en la literatura. Los autores tenderán un puente que relacione al monarca con Trajano, Alfonso X o Isabel de Castilla, y al pueblo con los numantinos o los hombres de Pelayo en su respectiva lucha con el invasor y contra los enemigos de la religión.

Un repaso de la cartelera madrileña (ANDIOC Y COULON, 1996) revela el gusto del público por las obras históricas. Los certámenes y elogios impulsados por la Academia de la Historia y los temas propuestos por la de San Fernando en sus concursos demuestran la intencionalidad gubernamental en busca de la identificación popular con un rey y una patria<sup>1</sup>, así como la explotación de la Historia como vehículo de prestigio interno y externo<sup>2</sup>. En un *Elogio de Alfonso X* firmado por un socio de la Sociedad Bascongada, se podía leer lo siguiente:

“El que solicita con ansia y se complace en la lectura de los Elogios de Enrique IV y Luis XIV, del Príncipe de Condé, y el Mariscal de Turena, de Descartes, del Cardenal de Richelieu, de Sulli, de Colbert, y semejantes, es verosímil leería con más gusto los de D. Jaime el Conquistador, el Rey Católico, y Carlos V, los del Gran Capitán, D. Antonio de Leiva, y el Duque de Alba, de Fernando Cortés, del Tostado, de los Cardenales Cisneros, Mendoza, Alborno, e innumerables otros que florecieron en todos los ramos en la sucesión de los Siglos” (QUIÑONES, 1786).

Acabamos de leer el nombre de Carlos V entre los héroes españoles. No es ni debería ser algo extraordinario. Después de todo, en su reinado y en el de su hijo, la Monarquía Hispánica fue la más poderosa de Europa y por tanto, un espejo fácil en el que querer reflejarse, un recurso inmejorable para ejemplificar la gloria perdida. En cambio, ya que toda historia necesita antihéroes que hagan aún más grandes a los héroes, la dinastía Habsburgo fue situada en el lado oscuro.

Desde su llegada a España, la propaganda felipista había contrapuesto el poder borbónico a la decadencia de sus antecesores, simbolizando el cambio en la apostura del nuevo rey respecto a la enfermiza imagen del anterior (MORÁN, 1995). Pero Carlos II había testado a favor de Felipe, así que las principales invectivas se dirigieron al candidato austracista en el conflicto y a sus aliados protestantes.

---

(1) Para profundizar en este interesante tema, aconsejo un acercamiento a la obra de Pablo Fernández Albaladejo y de José María Portillo Valdés.

(2) En este sentido es paradigmático el encargo a Juan Bautista Muñoz de redactar una Historia de la América española en respuesta a la leyenda negra europea.

Aún no había transcurrido medio siglo desde la Guerra de Sucesión, cuando Dionisio Sáenz Galisonga soslayaba totalmente la presencia habsbúrguica en un elogio al primero de los Borbones. Este hecho llama la atención a dos historiadores “cuando el propio Felipe V se había esforzado por aparecer como el legítimo heredero de los Austrias para reforzar así la idea de la continuidad sin ruptura de la Monarquía Hispánica” (MARTÍNEZ SHAW y ALFONSO MOLA, 2004, 109). Se exaltaba antes la herencia “de aquel héroe máximo de la Francia, el Gran Luís XIV”, que había sido enemigo acérrimo de los reinos hispánicos. Este elogio fue uno de los presentados a la Academia de la Historia para honrar a Felipe V, pero el premio quedó desierto. Al año siguiente, los dos ganadores mencionaban esa herencia a través de María Teresa de Austria o de la “augusta rama de Borbones-Austriacos”.

Esto no significa que en ambos elogios no se exaltase la superioridad de una dinastía sobre la otra (GARCÍA CÁRCEL, 2002: XCII-XCVIII). De Felipe V, Viera y Clavijo dirá que era “Hermoso como el primer Felipe, pero más varonil; prudente como el Segundo, pero más humano; piadoso como el Tercero, pero más entendido; grande como el Cuarto, pero más feliz”. El segundo premio del concurso de 1779, Conde Oquendo, hace un moderado –sí lo comparamos con lo que vendrá después– escarnio de los Austrias al elevar a los Borbones:

“Comparen este siglo con el antecedente, y confiesen con sinceridad y acciones de gracias cuánto es lo que deben a la augusta casa de Borbón. Por un lado están viendo la majestad sin fausto (...) extirpar el lujo y la vanidad de todo el reino (...) Nuevas leyes y establecimientos (...) comercio libre, revolución general del Estado: todo se ha puesto en movimiento: aquello va saliendo de la nada, y esto camina a su perfección (...) Esto es ser los reyes padres de la patria, y padres de familias: esto es gastar con sus vasallos la ternura de una madre con sus hijos”.

La última frase es fundamental para reconocer uno de los principales argumentos de oposición entre ambas dinastías. A primera vista puede parecer que el elemento dinástico primaba sobre otros elementos como la identidad española, pero según nos acerquemos a finales de siglo, una nueva figura irá ganando peso en el imaginario de los “Déspotas Ilustrados”: el padre de la patria (FDEZ. ALBALADEJO, 2001), comprometido con el bien de sus vasallos. Los Habsburgo serán el contrapunto

perfecto, tachados de egoístas sólo movidos por sus intereses dinásticos y en absoluto preocupados por su pueblo.

La crítica a la dinastía de Habsburgo era un arma de doble filo, de ahí la ambigüedad de algunos textos. Es cierto que denostando su política se podía establecer la ruptura con el pasado glorioso al que se debe volver, encargando esa misión a la dinastía reinante. Pero por otra parte, insistimos en que los Borbones basaban su legitimidad en el poder en el testamento de Carlos II, a quien no podía convertirse en un rey ilegítimo (no hay apelativo más duro para un monarca absoluto que el de “tirano”). Tampoco se debe olvidar que los dos Carlos y los tres Felipes habían sido también reyes, igual que lo eran Carlos III y Carlos IV, y que atacarlos directamente no era dar el mejor de los ejemplos.

A pesar de todo, Fernández Albaladejo considera que la habsburgo-fobia se impuso a lo largo del XVIII:

“En la España Borbónica el tiempo de los Austrias parecía condenado a ofrecerse, sin mayores matices, como una imagen en negativo, como un tiempo que no hubiese existido pero que no obstante se le hacía responsable de una decadencia que ahora se trataba de enmendar” (FDEZ. ALBALADEJO, 2001: 514).

En la misma obra colectiva, Sánchez-Blanco estima lo contrario, y considera que el elogio a Felipe V compuesto por Viera y Clavijo (refrendado oficialmente por el premio de la Academia), es el mejor ejemplo de un replanteamiento de esa idea. Según dicho historiador, la segunda mitad del reinado de Carlos III habría estado marcada por un viraje conservador hacia los valores habsbúrguicos: la religión y la autoridad. Escritores como Capmany (en su Teatro histórico-crítico) o Forner (en su *Oración Apologética*) demostrarían ese viraje. Este último, sería “un buen ejemplo de que el modelo cultural mayan-siano de restauración del pasado austracista ha sustituido al de las Luces europeas”. En consecuencia, el *Elogio de Carlos III* leído por Jovellanos<sup>3</sup> obedecería a “un esquema histórico ya en desuso” alejado

---

(3) Este conocido discurso, leído en la Sociedad Matritense pocas semanas antes de que muriese su protagonista, se puede resumir en fragmentos como éste:

“A tan triste y horroroso estado habían los malos estudios reducido nuestra patria cuando acababa con el siglo XVII la dinastía Austriaca. El Cielo tenía reservada a la de los Borbones la restauración de su esplendor y sus fuerzas” (JOVELLANOS 1788: 20-21).

de la corriente oficial y sólo seguido por unos pocos ilustrados progresistas (SÁNCHEZ-BLANCO, 2001: 594).

Paradójicamente, las fuentes parecen dar la razón a ambos autores, pero quizá más a Fernández Albaladejo. En mi opinión, la corona siguió utilizando la comparación maniquea Borbones-Habsburgo, hasta el punto de hacerse radical en tiempos de Carlos IV. Es cierto que los tradicionalistas hicieron bandera del siglo XVI y asociaron España-religión-moral a la par que unían extranjerismo-filosofía-atéismo; con la salvedad de que ese mensaje no fue el oficial hasta marzo de 1808.

Son muchos los ejemplos de escritores evidentemente asociados “al régimen” que en el último cuarto de siglo renegaron de los Austrias. Comencemos por Campomanes, uno de los grandes si no el gran ideólogo del reinado de Carlos III. En su *Discurso sobre la educación popular* insiste en la decadencia económica heredada desde los últimos años del reinado de Felipe II y alaba ciertas medidas tomadas a partir del reinado de Felipe V<sup>4</sup>. Aún más significativo es el caso de Juan Pablo Forner, pluma al servicio de Floridablanca y luego de Godoy, considerado –quizá a la ligera– adalid del pensamiento reaccionario, quien es mucho más severo en el capítulo V de su *Discurso sobre la Historia de España*<sup>5</sup>. No obstante, no consiguió

---

(4) “...se prueba: que la nación tuvo hasta el Reinado de Felipe III florecientes las manufacturas, y su población: que decayó notablemente, luego que éstas cesaron, y las primeras materias se sacaron del Reino (...) Aunque el presente siglo haya depuesto muchos de los yerros políticos que causaron aquellos males, son necesarios todavía otros medios...” (RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES 1774: 46).

(5) “Se puede dudar si el reinado de Carlos V fue tan próspero para sus reinos como favorable a la gloria personal del príncipe (...) Carlos V dejó la corona más bien fatigado de su peso que hostigado del sinsabor de sus súbditos, los cuales, embelesados con la grandeza y prosperidad presente, no previeron la triste herencia que dejaba con ella a sus mismos hijos (...) España está aún experimentando muchas consecuencias del gobierno austriaco en ella, muchos efectos de aquella enorme dilatación de dominios que sustentaron las desgraciadas Castillas, siempre ensalzadas, y siempre agobiadas y miserables (...) Felipe II gozó en los primeros tercios de su reinado todo el lleno de esta grandeza; su sucesor inmediato, en muy pocos años, halló su reino principal agotado de gentes y de dinero, arruinados los pueblos, prófugas las familias, desiertos los campos, abandonadas las artes...” (FORNER 1843: 155-178).

publicar esta obra, lo que –a pesar de demostrar el verdadero punto de vista del supuesto tradicionalista– parece ser un punto a favor de Sánchez Blanco.

El caso más contradictorio es el del *Elogio de Carlos III* firmado por Francisco Cabarrús. Adscrito sin duda a la corriente más progresista de la Ilustración, y no siempre del agrado de los poderosos, Cabarrús fue un hombre importante en tres reinados consecutivos (desde Carlos III a José I). Sus opiniones en la mencionada obra son las más radicales que podemos encontrar<sup>6</sup>; recordemos no obstante que fueron leídas ante el conde de Floridablanca en la Sociedad Matritense sin que nadie pusiese impedimentos a su publicación.

En el Archivo Histórico Nacional se pueden encontrar dos expedientes motivados por dicha obra. El primero fue movido por la Inquisición. El Inquisidor General pidió tres informes. Dos de ellos abogaban por prohibir la obra por su contenido peligroso (acaba de estallar la Revolución Francesa) y por ser “un libelo infamatorio lleno de injurias cautelosas a nuestra España, de dicterios intolerables a la Casa de Austria “. “No se pueden leer –decía uno de los dos escandalizados religiosos– sin horror y sin estremecimiento escandaloso los dicterios, oprobios, injurias e improperios que el orador vomita contra la Casa de Austria y contra nuestra Nación. El orador se ha persuadido poderse hacer recomendable a la Casa de Borbón inventando oprobios, dicterios e injurias contra su rival”. Contra todo pronóstico, el elogio no fue prohibido, gracias a un tercer informe que demuestra un espíritu progresista inesperado a priori

---

(6) “Tal es sin embargo el cuadro que nos presenta la Historia en aquella casa constantemente funesta al género humano, que, no sé por qué fatalidad, inspiró a nuestros padres un entusiasmo del cual aún no acabamos de convalecer: que convirtió en héroes a los Españoles, pero siempre en perjuicio de España: que regó con nuestra sangre los vastos e infelices dominios que poseía, y los que su insaciable y mal combinada ambición la hacía apetecer: que sobresaliendo solamente en la detestable ciencia de forjar cadenas, ató más fuertemente nuestras manos vencedoras que las de los pueblos que le vencimos; y que finalmente cubrió con laureles estériles y escasos el abismo que arrastraba la nación entera, si la augusta familia de Borbón no la hubiera detenido a la orilla del precipicio, y salvado algunas ruinas de su antiguo poder” (CABARRÚS 1789: 3-4).

en un inquisidor. Sobre la casa de Habsburgo, el tercer informante –Agustín Yagüe– da la razón a Cabarrús pues:

“...trata como reprehensible el espíritu de ambición que dominó constantemente a una Casa que, sin expresarla, es conocida por semejante censura con que la notan muchos escritores (...) aspiraba a una Monarquía Universal (...) a costa de la sangre de los suyos (...) Todo esto se halla en los libros de los juiciosos, sin recelo de calumnia” (GARCÍA REGUEIRO, 1987).

Gracias a este informe, el proceso se cerró en 1793, pero hubo un segundo expediente, ahora civil. Un vecino de la Villa de Hita denunciaba a Cabarrús por un crimen de lesa majestad; en su denuncia consideraba a Cabarrús un revolucionario y clamaba al cielo porque:

“En el párrafo sexto de él al folio 3º como si ignorara los actuales y reiterados enlaces de ambas Casas o hablara del Sophi de Persia, declama contra la de Lorena apelando a la Historia que no conoce: pinta en pocos renglones con los más negros colores la conducta sistemática y detestable (si se le cree) de todos los Monarcas de ella: manifiesta a la Faz del Universo sus dañadas y abominables intenciones, como si se le hubieran revelado; y para hacerla el objeto del odio y desprecio general, nada omite de cuantos medios suministran la calumnia y la maledicencia (...) No se puede en menos cláusulas irrogar mayores injurias a dos casas soberanas, cuya íntima unión natural y política constituye una identidad que hace comunes los agravios y ultrajes respectivos, particularmente en una materia tan trascendental y de tanta consecuencia en el día, como es hacer odiosas a todas las Monarquías” (A.H.N., *Estado*, l.3030).

Por aquellos años, el miedo al contagio revolucionario era grande y Cabarrús –acusado de corrupción– había caído en desgracia, de manera que el texto –que había tenido una tirada de 1500 ejemplares– fue retirado, eso sí discretamente y con poco ahínco.

La recogida del texto de Cabarrús o el hecho de que Manuel Aguirre (autor de otro elogio a Felipe V<sup>7</sup>) fuese considerado por A. Elorza

---

(7) En el texto de Aguirre, Carlos V estaba “lleno de una desmesurada sed de gloria” y “puso terror a nuestro globo” y Felipe II “con la horca creyó mantener la fuerza de sus estados”. Con tres reyes siguientes, mucho más fáciles de criticar, no es más magnánimo (cit. por García Cárcel 2002: CVII-CXI).

un “liberal radical”, puede alimentar esa idea de que la Monarquía Borbónica disfrutaba del espejo de las victorias y de la religiosidad de Carlos V y Felipe II. Muy al contrario, podemos considerar que la publicística de Carlos IV ahondó en un mensaje que no fue monopolizado por los ilustrados y los preliberales. Hay muchos ejemplos aparte de los facilitados por Jovellanos y Cabarrús; la literatura oficial de aquel reinado está sembrada de ellos.

Una oración fúnebre leída por el alma de Carlos III en una iglesia bastetana comparaba el poco gusto por guerrear del homenajeado con el de los Habsburgo<sup>8</sup>. En similares términos se expresaba un discurso en honor del nuevo rey, también en 1789, depositando sus esperanzas en el recién llegado:

“Si volviendo hacia atrás los ojos, miramos al estado de abatimiento, en que nos dejó la dominación Austriaca, hemos mejorado sin duda prodigiosamente; mas si alargamos un poco más la vista, nos falta mucho para recobrar la robustez antigua” (*Discurso...*, 1789: 39-40)

Si cruzamos el océano, podemos encontrar otro de los muchos textos que “deprimen” –término de la época– a los Austrias. En este caso con motivo de la erección en México de una estatua ecuestre en honor de Carlos IV:

“Ponga, pues, el Héroe de la Conquista bajo del Cetro Español unos dominios que envidian las Naciones y puede envidiar la fortuna, y haga respetar a Carlos Quinto por su poder y el terror a sus Armas; que V.E. hará amable a Carlos Cuarto, por la dulzura de su ánimo excelso, y por la beneficencia de sus manos pacíficas y providentes. (*Inscripciones...* 1796)

La memoria de los Habsburgo fue rechazada por la corona y adoptada por el clero y parte de la nobleza. La Iglesia –salvo excepciones como Agustín Yagüe o José Navarro– no dejó de recordar a Carlos V y a Felipe II como campeones del catolicismo. Sirva como muestra

---

(8) “¿Pero qué utilidades se siguieron de él en tiempos de los Primeros Reyes Austriacos?. Una gloria estéril y vana. Alguna vez armó la diestra de Carlos la necesidad; pero nunca la ambición” (NAVARRO 1789: 18)

un llamamiento a la lucha contra la Convención de expresivo título: *El carácter español en las urgencias de la religión y de la patria*. El orador pedía a los fieles que luchasen contra el infiel en un segundo Lepanto (JESÚS, 1795).

También –párrafo aparte para no incluir al conjunto de la Iglesia entre los enemigos de Godoy– ofreció su particular imagen de la Historia la oposición al poder central, que enarboló la bandera de los valores perdidos en los nuevos tiempos. El llamado por Herrero, “pensamiento reaccionario español”, alimentado por las consecuencias bélicas que tuvo la Revolución Francesa en Europa, encabezó una crítica a los “reyes filósofos” en oposición a la esencia española, encarnada por los Reyes Católicos, los Austrias del XVI y el teatro calderoniano; los panfletos de la Guerra de la Independencia están llenos de ejemplos. Menéndez y Pelayo recogería esa idea un siglo más tarde.

El conde de Teba, luego protagonista en el Motín de Aranjuez, en su famoso discurso frustrado ante la Academia de la Historia, culpaba a los Borbones de culminar la decadencia de la nobleza, acusándoles indirectamente de tiranía al haber atraído Felipe V a la Corte a su estamento “cuya atención se apartó de esta manera de los negocios, aplicándola a ridículas pequeñeces y abatiendo su espíritu a viles bajezas” (DEMERSON, 1971: 152). No debemos olvidar tampoco, el lugar nostálgico que en los reinos desposeídos de sus fueros por la *Nueva Planta* fue ocupando el recuerdo austracista.

Ya hemos visto –en la medida en que las limitaciones de espacio lo han hecho posible– que la revisión histórica del reinado de los Habsburgo a lo largo del XVIII caló en la propaganda monárquica, especialmente a finales de siglo, reinando Carlos IV (todo esto sin haber mencionado aún las duras invectivas que Moratín, Jovellanos, Meléndez Valdés y tantos otros autores “del régimen” lanzaron contra el arte barroco, el arte de los Austrias). Los reyes tiranos, belicistas y –a veces– fanáticos se contraponían a una dinastía que había restaurado los valores de un imaginario pasado esplendoroso, que se perdía en la noche de los tiempos. En la interpretación histórica de esa nueva era surgida en 1700, cada uno de los monarcas borbónicos habría cumplido una función que vamos a explicar brevemente.

## La plenitud dieciochesca de la imagen restauradora borbónica

Los elogios de Felipe V durante la primera mitad de siglo insistirán en las mismas virtudes que ensalzaron a Carlos V, las de un rey guerrero y poderoso. Es significativo que casi la mitad de los cincuenta y un tapices que el padre Sarmiento había proyectado en 1750 para historiar el reinado del *Animoso*, exaltasen sus hechos bélicos y que solo uno se refiriese a su labor cultural (MORÁN, 1995: 97); su imagen no evolucionó en la primera mitad de siglo (GARCÍA CÁRCEL, 2002). Los elogios fúnebres de Felipe muestran una versión aún “embrionaria” de la dinastía borbónica (ALBIÑANA, 1746).

En la segunda mitad del XVIII, la propagandística monárquica extenderá un nuevo mensaje, ofreciendo un estereotipo de cada uno de los reinados precedentes. A la muerte de Fernando VI, el primer paso ya estaba dado. Felipe V había iniciado una obra, y su hijo había sido el encargado de continuarla. Desde entonces, gracias a una alegoría tomada de la otra gran fuente simbólica (*La Biblia*), Felipe sería el David de España y Fernando, Salomón, el continuador pacífico del guerrero, el que pudo terminar el templo, dejado inconcluso por su padre:

“...coronándose de oliva, como el pacífico Salomón, anunciaba a sus Pueblos la tranquilidad, y la abundancia, supo guardar intactos, y verdes los Laureles, que su Animoso Padre, cual otro David, logró coger en las Campañas a que le llevó la justa defensa de sus Reinos, y hacer fructífera la Paz, conservando con gloria el Patrimonio, que le dejaron sus Mayores” (ARAVACA, 1760: 30).

En 1779, acorde con el culto a la paz que caracterizó a los monarcas del XVIII, celosos vigilantes del bienestar de sus vasallos, podemos encontrar una interesante frase en un elogio ya mencionado: “harto ha trabajado Felipe para merecer el terrible nombre de Héroe: tiempo es ya de que merezca el plácido título de Rey, coronado de las virtudes pacíficas” (VIERA Y CLAVIJO, 1779: 31). David y Salomón formaban parte del otro discurso premiado por la Academia:

“... (Felipe dejó) la España, si no pacificada, en vísperas de una perfecta paz, cuyos frutos recogió a manos llenas el pacífico Salomón, heredero inmediato de las bendiciones y glorias de su animoso y guerrero su padre...” (CONDE, 1779: 28)

En varias obras, la Academia de la Historia hacía de la dinastía reinante, una sucesión de héroes del amor, la paz y el bienestar:

“Por este medio logrará la Casa Real con la protección divina, perpetuar la descendencia de los Héroes; no de aquellos Héroes invasores de los derechos ajenos, o turbadores del reposo público, que ponen la justicia de su causa en su conveniencia; que descuidan la de sus Vasallos, y la armonía recíproca con sus Vecinos” (*Oración* 1765: 4-5)

El sucesor de Fernando VI, Carlos III, honró al instaurador Felipe, pero se olvidó del “incómodo pacifismo” llevado por su hermanastro, con el que las relaciones distaron de ser buenas (son de sobra conocidos los roces entre Fernando VI y su madrastra Isabel de Farnesio, madre de Carlos III). Carlos recupera el papel de guerrero, su reinado no rendirá culto a la Paz hasta 1783, año grande para la monarquía (así transmitido a los súbditos) tras el armisticio con Inglaterra y el doble parto de la princesa de Asturias. Los textos publicados entonces son cuantiosos, pero el prolífico año de 1789 está demasiado cerca como para detenerse ahora.

En aquel año fundamental, la muerte de un rey y el ascenso de otro dieron lugar a un despliegue de imprenta sin precedentes. La Biblioteca Nacional está llena de obras publicadas por la Imprenta Real y por otras para recoger todos los elogios y celebraciones que despertaron ambos Carlos. Si Felipe V había devuelto la esperanza a España mediante el uso de las armas y los primeros pasos hacia la restauración cultural; si Fernando VI había pacificado el reino y había profundizado en la reforma política y económica; si Carlos III –siempre según la imagen oficial– había sacado a España del aislamiento fernandino, había puesto en circulación el inerte dinero de las arcas llenas del Estado<sup>9</sup> y era considerado el gran Ilustrado, el padre de sus vasallos, el constructor

---

(9) Si volvemos por un momento al texto de Cabarrús, encontraremos reminiscencias de ese desapego al que me refiero:

“El reinado pacífico de FERNANDO amontonó un tesoro crecido, que por la suspensión de los establecimientos útiles en que lo empleaba Enseñada, había aumentado fuera de toda proporción. Mientras el vulgo, que confunde las riquezas con los signos que las representan, se embelesa en la contemplación de una masa estéril de numerario, CARLOS intenta restituirla a la circulación por muchos conductos útiles” (CABARRÚS 1789: 12).

de caminos y fundador de instituciones culturales...; ¿cuál era el papel de su sucesor?. Evidentemente, tenía que dar el paso definitivo hacia la restauración<sup>10</sup>, hacia la España que –supuestamente– fue pero que aún no era, la de los Reyes Católicos, considerados por la historia oficial como esencia de los valores patrios:

“Todavía no abastecen nuestras fábricas, como en los gloriosos días de Fernando e Isabel, a los Países extranjeros: todavía no nos conceden las Naciones la palma del mérito literario, ni buscan con anhelo, como un tiempo, las producciones de nuestros sabios: todavía no es tenido por iliterato en el resto de Europa quien ignora nuestra lengua. Nuestra debilidad no permitió hasta aquí sino remedios suaves, y por decirlo así paliativos; pero hemos ya cobrado fuerzas, y te está a ti reservada la cura radical. Tú nos llevarás a la pasada grandeza. *Tú acabarás la grande obra de nuestra restauración política: tú nos harás ocupar entre las naciones el puesto, que nos destina nuestra dichosa situación, la suavidad de nuestro clima, la feracidad de nuestro suelo, la excelencia y oportunidad de nuestros puertos, y hasta la elevación de nuestro carácter: nos harás en una palabra la más poderosa, la más feliz, la primera de todas*<sup>11</sup>” (*Discurso...* 1789: 40-41).

Desde la perspectiva de Carlos IV, en la historia de la dinastía cada monarca habría puesto una piedra necesaria para que él rematase la restauración de la gloria española. En la del siguiente reinado borbónico, el de otro restaurador, su hijo Fernando VII, Carlos IV ocupó el papel de destructor de todo lo anterior; pero ésa es otra Historia.

---

(10) Ya en 1781, Jovellanos llamaba al entonces príncipe Carlos a continuar la obra de su padre, su tío y su abuelo:

“Tú las has visto nacer en el siglo de oro de la Nación: prosperar hasta la época del mal gusto: caer precipitadamente en vilipendio, hasta que el Padre de los Borbones pudo volver hacia ellas en los Reinados de Felipe y Fernando, y levantarse en el de CARLOS TERCERO a un punto de esplendor, que nunca habían conocido. A ti te toca velar de hoy más sobre su gloria y prosperidad. Un continuo desvelo en establecer y propagar las buenas máximas, en hacer sangrienta guerra a las obras de bárbaro y depravado gusto, en promover la aplicación, y el honor de los Artistas, harán que nuestras Artes, protegidas por nuestros Príncipes, estimadas por nuestros Nobles, y apreciadas por todas las clases del estado, suban a tu vista a un punto de esplendor y de gloria, que no te deje envidiar los tiempos de Alejandro, de Augusto, de León X y de Felipe II” (JOVELLANOS 1781: 67-68).

(11) El subrayado es mío.

## Bibliografía

- ALBIÑANA, Vicente. 1746. *Oración fúnebre-histórica, que en las reales exequias que por el Rey N.Sr. Don Felipe Quinto...*, Valencia, Joseph Esteban Dolz.
- ANDIOC, René y COULON, Mireille (eds.). 1996. *Cartelera madrileña del siglo XVIII (1708-1808)*, 2 vols, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
- ARAVACA, Juan. 1760. *Relación de las magníficas exequias, que celebró por el Rey Nuestro Señor Don Fernando Sexto “el Justo” (que Dios goce)...*, Madrid, Imprenta de Don Gabriel Ramirez.
- CABARRÚS, Francisco. 1789. *Elogio de Carlos III. Rey de España y de las Indias...*, Madrid, Antonio de Sancha.
- CHECA CREMADES, Fernando. 1992. “Los frescos del palacio real nuevo de Madrid y el fin del lenguaje alegórico”, *Archivo español de arte* 65:258, pp. 157-177
- CONDE Y OQUENDO, Francisco Javier. 1779. *Elogio de Felipe V. Rey de España, al cual se adjudicó el Segundo Premio de Elocuencia por la Real Academia Española...*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- DEMERSON, Paula de. 1971. “El escrito del conde de Teba: el “Discurso sobre la autoridad de los Ricos Hombres”, *Hispania XXXI*, pp. 137-156
- DISCURSO sobre la condición de los Príncipes, con ocasión de las fiestas que celebra España en el advenimiento a su Corona de CARLOS Y LUISA...* 1789.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo. 2002. “Dinastía y comunidad política: el momento de la patria”, en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, pp. 484-532.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo. 2002. *De los Elogios a Felipe V*, Madrid, Centro de Estudios Políticos.
- GRACÍA REGUEIRO, Ovidio. 1987. “Cabarrús y el “Elogio de Carlos III”: el encausamiento de un “ilustrado”, *CLXXXIV-1*, pp. 45-104
- INSCRIPCIONES en celebridad de la Real Imagen de nuestro Católico Soberano Carlos IV...* 1796. México.
- JESÚS, Ramón de. 1795. *El carácter español en las urgencias de la religión y de la patria...*, Barcelona, Francisco Suriá y Burgada.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. 1781. *Oración pronunciada en la Junta Pública que celebró la Real Academia de San Fernando el día 14 de julio de 1781...*, Madrid, Joaquín Ibarra.

- . 1789. *Elogio de Carlos III*. Ed. facsímil en *Conmemoración Carlos III y la Ilustración*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 43-106
- MARTÍNEZ SHAW, Carlos y ALFONSO MOLA, Marina. 2004. “Felipe V en tiempos de Carlos III. Un elogio de 1778”, en *Estudios en Homenaje al profesor Teófanés Egido*, vol. II, Valladolid, Consejería de Cultura y Turismo, pp. 105-117.
- MORÁN TURINA, José Miguel. 1990. *La imagen del rey Felipe V y el arte*, Madrid, Nerea.
- . 1995. “Borbones Versus Austrias”, en *Philippe V d’Espagne et l’Art de son temps*, Vol. 2, pp. 91-98
- NAVARRO, José Antonio. 1789. *Oración fúnebre del Señor Carlos III. Rey de España y de las Indias, que en las exequias celebradas el día 14 de Febrero de este año de 1789 en la Santa Iglesia de la Ciudad de Baza...*, Madrid.
- ORACIÓN de la Real Academia de la Historia al Rey N.S. con motivo del matrimonio del Príncipe de Asturias N.S. Carlos Antonio con la Serenísima Princesa Luísa de Parma*. Madrid, por Antonio Pérez de Soto, 1765.
- RODRÍGUEZ E CAMPOMANES, Pedro. 1774. *Discurso sobre la educación popular*. Edición de F. Aguilar Piñal. 1978. Madrid, Editora Nacional.
- QUIÑONES, Hernán. 1786. *Elogio de Alfonso X. Rey de Castilla y León, llamado El Sabio. Dedicado al Excmo. Señor Conde de Floridablanca...*, Madrid, Plácido Barco.
- SÁNCHEZ-BLANCO PARODY, Francisco. 2001. “Dinastía y política cultural”, en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, pp. 569-596.
- VIERA Y CLAVIJO, José. 1779. *Elogio de Felipe V. Rey de España, al cual se adjudicó el Primer Premio de Elocuencia por la Real Academia Española*, Madrid, Joaquín Ibarra.